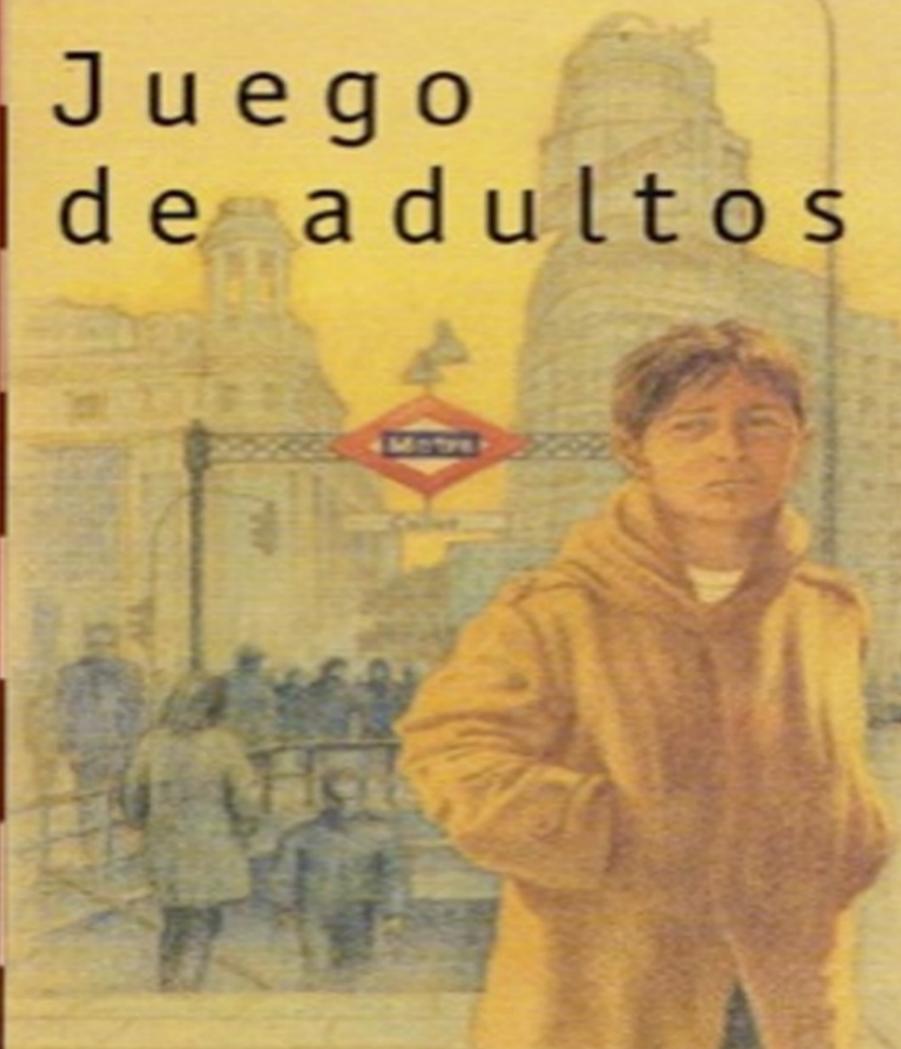


EL BARCO



DE VAPOR

Juego de adultos



MANUEL L. ALONSO



Ramón se siente minusvalorado por su padre. Por eso apuesta con sus amigos Juanma y Gonzalo, primero escapar de un restaurante sin pagar, y luego pasar tres días en Madrid con sólo tres mil pesetas. Engaña a sus padres diciendo que estará con Gonzalo y se marcha. Ya en la ciudad, se inicia la aventura de supervivencia urbana y duerme en la calle. El segundo día lo pasa mal, le roban y tiene frío y hambre, pero sigue adelante con sus propósitos. Esa noche le recoge una mujer que le aconseja bien. Al

final, mantiene una aclaratoria conversación con su padre.

En esta novela, el narrador introduce de inmediato las claves de la historia, y así el lector acompaña al personaje desde el principio, en su necesidad de superar los retos que se impone, sin edulcorantes ni simplezas. Lo mejor del libro es el recorrido analítico de la ciudad y de los seres humanos que la habitan.



Manuel L. Alonso

Juego de adultos

Serie Roja - 107 (El barco de vapor)

ePub r1.0

Etsai 28.08.13

Título original: *Juego de adultos*
Manuel L. Alonso, 1999

Editor digital: Etsai
ePub base r1.0



1. El comienzo

RAMÓN eligió una mesa cerca de la puerta por si era necesario salir corriendo.

No pensaba pagar la comida. En ningún caso. Sin embargo, como no estaba tan seguro de sí mismo como pretendía, era un alivio saber que llevaba más de dos mil pesetas encima.

Según la pizarra de fuera, el menú del día costaba novecientas pesetas. El restaurante no era muy grande, aunque no podía comparar porque muy pocas veces había estado antes en un restaurante. Y, por supuesto, nunca solo.

Se sentó de forma que pudiera ver la puerta de la cocina. Había llegado a la conclusión de que lo más importante era tener siempre a la vista a los camareros, para aprovechar cualquier descuido. Confiaba en que fueran viejos y lentos.

No hubo suerte. El camarero que se acercó a su mesa no parecía tener ni veinte años.

—¿Esperas a alguien?

Respondió con un no apenas audible. Sentía la garganta bloqueada, como si alguien le estuviese estrangulando sin piedad. Tal vez, al ver que iba solo, el camarero no quisiera servirle, y entonces todo habría acabado antes de

empezar. Ramón pensó que quizá sería mejor así.

—Vengo yo solo —explicó, con voz un poco más fuerte.

El camarero asintió y le preguntó qué iba a tomar. Ramón se veía reflejado en los cristales de la puerta. Una figura pequeña con la cabeza baja, vaqueros descoloridos y una cazadora que le estaba grande. Pensó que así, encogido, tenía un aspecto culpable, y procuró erguirse. ¿Qué edad aparentaba? ¿Doce? ¿Trece?

Encargó un menú sin un solo extra, por si acaso después de todo se veía obligado a pagar. ¿O le harían fregar

platos?

No sabía si lo de obligar a fregar platos al cliente que no ha pagado su comida ocurría sólo en los chistes y las películas o de veras lo hacían así en la vida real.

Mientras esperaba, observó con disimulo a los demás clientes del restaurante. ¿Cuántos de ellos eran habituales, incluso tenían confianza con los camareros? Bastaría con uno solo para que el plan saliese mal. Se imaginaba a cualquiera de aquellos ciudadanos honorables llamando al camarero a gritos: «¡Ese chico se va sin pagar!».

Pusieron ante él un cubierto y un cestito con pan, y una botella de agua mineral. Se sirvió, advirtiéndole que a pesar de sus esfuerzos su mano temblaba un poco. Le dolía mucho el vientre. Muy a gusto habría ido al baño, pero no se lo permitió porque no deseaba hacer nada que llamase la atención. Lo mejor sería permanecer inmóvil, con aquella cara de atención que había aprendido a poner durante las clases más aburridas.

De pronto se le ocurrió pensar en lo que pasaría si en aquel momento entrase en el restaurante alguno de sus profesores. O, aún peor, alguien de su familia. Sus tíos Luis y Marta, por

ejemplo. Sólo de imaginarlo, los dolores de vientre se le hicieron insoportables.

El camarero volvió con el primer plato, que humeaba. Esperó a que se fuese, y lo probó sin ganas. Eran lentejas. Estaban demasiado caldosas. Había un enorme trozo de patata cocida que tenía un par de puntos oscuros, como si no la hubiesen limpiado bien al pelarla. Suspiró pensando que un rato más tarde tendría que volver a comer en su casa. Con tal de que su madre no hubiera hecho también lentejas...

Una mujer entró en el restaurante y se sentó exactamente enfrente de él. La

miró un poco inquieto. De toda la gente que había allí, ella sería la que con toda seguridad se daría cuenta de que intentaba irse sin pagar. En gran parte, de ella dependería todo. Por un momento sintió hacia la mujer una ráfaga de odio. ¿Por qué tenía que sentarse precisamente allí, habiendo otras mesas libres? ¿Por qué tenía que mirarle?

Sostuvo su mirada con una especie de desafío, pero la mujer se limitó a sonreírle.

Apartó la vista y comió poco a poco, suponiendo que era la mejor forma de no llamar la atención. Después, a hurtadillas, volvió a mirar a la mujer.

Parecía muy segura de sí misma, como si comiera en aquel lugar a menudo. Iba muy bien vestida. Seguro que nunca se había largado de un restaurante sin pagar. Bueno, él tampoco, pero para todo había una primera vez.

Mientras se terminaba las lentejas —la patata la dejó a un lado— se preguntó qué estarían haciendo sus amigos. Por lo menos, esperaba que no les diera por asomarse al restaurante. Se imaginó sus caras, cuando él saliese perseguido por el camarero.

¿Por dónde escaparía? Lo mejor sería atravesar la plaza que había casi frente al restaurante, y luego ir hacia el

paseo principal de la ciudad, al que sus amigos y él llamaban «el tontódromo». ¿Le seguiría hasta allí el camarero?

Le sirvieron el segundo plato. Había pedido merluza porque los otros segundos que se podían elegir o no le gustaban o ni siquiera sabía lo que eran. Al parecer, en los restaurantes tenían la costumbre de poner a los platos nombres extraños. No podía decirse que él fuera precisamente un experto, pero no hacía falta serlo para comprender que aquella merluza la habían cocinado sin esperar a que se descongelase del todo. Bajo la capa de harina y huevo, el sabor del pescado recordaba a un pedazo de

plástico. Era como masticar una botella de lejía.

Al levantar la mirada, se puso furioso porque su vecina de la mesa de enfrente le estaba mirando. Seguramente, no aprobaba sus modales en la mesa. Recordó las muchas veces que su padre le ordenaba: «¡Come bien!». Pero nunca o casi nunca le habían explicado en qué consistía exactamente eso de comer bien. Sus padres le preguntaban qué era lo que le enseñaban en el colegio, y alguno de sus profesores le había preguntado qué le enseñaban sus padres. Ni unos ni otros le habían explicado cómo tomar pescado.

Lo dejó a medias y enseguida le sirvieron el flan, que era la primera cosa que realmente le apetecía. Sin embargo, no le sabía a nada, porque se acercaba el momento de la verdad y de nuevo la garganta se le había agarrotado. El estómago se le contraía rechazando la comida. Era peor que un examen.

Una vez más se cruzó su mirada con la de la mujer sentada enfrente. ¿Qué le pasaba a aquella idiota? ¿Por qué le miraba tanto? Decididamente, era imposible levantarse y salir sin que ella se diera cuenta. Le preocupaba más que todos los otros clientes, incluso más que los camareros.

Tenía el flan a medias, el momento decisivo era aquel porque en cuanto terminase el postre el camarero volvería a acercarse.

Vio que la mujer se distraía buscando algo en su bolso, y se puso en pie. Ninguno de los camareros estaba en ese momento a la vista, pero nunca tardaban muchos segundos en reaparecer.

No fue capaz de comprobar si los otros comensales le miraban. Sentía las piernas rígidas, como dormidas, de pura tensión, y se preguntó cómo iba a dar los pocos pasos que le separaban de la puerta. Se volvió hacia la calle y caminó

igual que un sonámbulo, completamente seguro de que una voz le llamaría. Abrió la puerta y salió al aire fresco y a la lluvia. Le parecía que sus movimientos eran anormalmente lentos, que en cualquier momento iba a quedarse clavado en el sitio en espera de lo inevitable.

Pero pudo andar entre la gente y alejarse del restaurante sin oír tras él una voz o unos pasos precipitados. Pensó que si llegaba a la esquina más próxima antes de que le alcanzasen estaría a salvo. Una vez doblada la esquina, se sentiría capaz de cualquier cosa, de correr o de esfumarse en el

aire. Media docena de pasos más y lo conseguiría.

Entonces oyó la voz de Gonzalo:

—¡Corre!

Estaban en la acera de enfrente los dos, Gonzalo y Juanma. Le contemplaban con ojos alucinados, como si fuese el capitán de su equipo favorito en carne y hueso. Lo cual no impidió a Gonzalo repetir:

—¡Corre, idiota!

Cruzaron la calle y Juanma le dio un puñetazo amistoso en el hombro, para hacerle reaccionar. Sin saber por qué, Ramón sintió la necesidad de volverse. El camarero que le había atendido se

asomaba en ese momento a la puerta del restaurante.

—¡Deprisa, Ramón!

Ramón inspiró con fuerza llenando de aire sus pulmones, como si llevase un buen rato olvidándose de respirar; sintió que la sangre volvía a circular por todo su cuerpo. Juanma tiraba de él. De pronto, se encontró corriendo junto a sus amigos.

Corrieron un buen trecho, sin estar seguros de si el camarero los seguía o no. Por dos veces cambiaron de dirección y cruzaron la calle temerariamente. Por fin, cuando habían recorrido al menos tres manzanas, se

detuvieron jadeando.

—¡Genial! —exclamó Gonzalo entre toses y risas.

—¡Lo has conseguido, tío! —se admiró Juanma—. ¡Has ganado!

—¡He ganado! —dijo Ramón procurando asumir una expresión modesta de héroe que no se da importancia.

Se detuvieron bajo la lluvia, resoplando por el esfuerzo. Gonzalo no dejaba de mirar hacia la esquina, como si un ejército de camareros furiosos pudiera aparecer en cualquier momento. No era precisamente un deportista, y lo más probable era que no se sintiese con

fuerzas para seguir corriendo. En cuanto a Juanma, con su habitual cara de susto y sus pelos de punta, parecía más que nunca recién salido de un túnel del terror o algo similar.

—Me debéis la paga de dos semanas —recordó Ramón.

—Nunca creí que lo consiguieras —confesó Gonzalo—. Yo, en tu lugar, me habría cagado por las patas abajo.

—Pues yo no estaba preocupado en absoluto —mintió alegremente Ramón.

—Toma, a cuenta —dijo Gonzalo tendiendo a Ramón un puñado de monedas.

—Cuando queráis hacer otra apuesta

no tenéis más que decirlo. Me encanta ganar dinero así de fácil.

* * *

Por la noche, Gonzalo llamó a Ramón.

—He estado pensando. Tengo una idea, un buen desafío para ti. Pero creo que es demasiado fuerte.

—Te escucho.

—Bueno, si no te atreves lo comprenderé. No es tan fácil como irse de un sitio sin pagar. Puede ser peligroso.

—¿Y qué es?

—Bah, nada, olvídalo. Nos veremos mañana en clase.

—Te conozco —dijo Ramón sonriendo—, sé que haces todo esto para intrigarme. Suéltalo de una vez.

—No, en serio, primero quiero pensarlo despacio, y después será mejor que lo hablemos entre los tres. No quiero pasarme y que te ocurra algo por mi culpa.

—Escucha —se impacientó Ramón—, estoy en pijama, descalzo, y se me están quedando los pies helados. Me has sacado de la cama y ahora no me vas a dejar intrigado sin saber qué es lo que se te ha ocurrido. Así que dilo de una

vez. ¡Ahora!

—En serio, no sería un juego. Podría acabar mal. Es... bueno, te lo digo y luego lo olvidas, ¿de acuerdo? Es como una prueba de supervivencia. Un plazo no muy largo, pongamos tres días. Tienes que sobrevivir tres días por tus propios medios. No vale pedir ayuda a tus padres ni a nadie que conozcas. Tú solo, tres días y tres noches.

—¿Quieres que me vaya a la selva a pasar tres días como Tarzán? —ironizó Ramón—. No sé qué habrás cenado, pero te ha sentado mal.

—A la selva no. A una gran ciudad.
Con el teléfono en la mano, Ramón

se paseaba por el pasillo para combatir el frío. Se detuvo ante el espejo del recibidor, que le devolvió la imagen de un chico despeinado con un aspecto corriente, ni demasiado alto ni muy bajo, ni guapo ni feo. No era un atleta ni un héroe, y lo del restaurante había sido la primera cosa excepcional que hacía en su vida.

Comprendió que su amigo hablaba en serio. Sintió como un escalofrío anticipado. Por supuesto que sería peligroso. Sería una locura.

—Tengo que colgar —dijo Gonzalo sin darle tiempo a responder.

Y así fue como empezó todo.

2. El desafío

—SI haces eso es que estás loco, tío —opinó Juanma.

Ramón no respondió. Estaban los tres en la terraza de su casa, sentados en el muro y con los pies colgando en el vacío. En invierno, nadie más que ellos subía a la azotea. Por esa razón, hacía años que la utilizaban como refugio secreto.

—Si lo haces —insistió Juanma—, es que estás como para que te encierren. ¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido semejante idea?

Gonzalo y Ramón se miraron sin

hablar. Ramón dejó vagar su vista por el horizonte. La ciudad no era muy grande, y desde allí alcanzaba a verse el campo, los montes bajos que en verano parecían azules y en invierno se veían grisáceos, la carretera. Ramón no había salido muchas veces por aquella carretera. Todavía no había estado en una verdadera gran ciudad.

—Tres días —dijo—. Me comprometo a aguantar tres días en una gran ciudad.

Juanma meneó la cabeza de un lado para otro.

—Estás loco, tío —le oyeron murmurar de nuevo.

Gonzalo carraspeó antes de hablar; siempre carraspeaba cuando estaba nervioso o se disponía a decir algo importante.

—La cuestión es cuánto dinero se necesita. Ya lo visteis: se puede ir a un restaurante y pedir una comida, y te atienden igual que a un adulto. Y no digamos en un McDonald's. Y supongo que para dormir es lo mismo. La pasta: la pasta es lo que importa, no la edad que tengas.

—Un tío de nuestra edad, aunque tenga pasta, no puede ir por ahí solo sin buscarse problemas —rebatíó Juanma—, y vosotros lo sabéis. ¿Para qué te

sirve la pasta si te sale un chorizo y te atraca con una pistola?

—Para lo mismo que a un adulto: para dársela al chorizo —replicó Gonzalo.

—Lo haré con la cantidad que vosotros digáis —anunció Ramón.

—Necesitarías diez mil pesetas —propuso Juanma.

—¿Estás loco? —se escandalizó Gonzalo—. ¿De dónde vamos a sacar diez mil pesetas? Cinco mil.

—¿Qué opinas tú, Ramón?

Ramón apartó la mirada de la carretera que se perdía en el horizonte y la volvió hacia sus amigos. Gonzalo,

con una expresión seria en su cara redonda y sus grandes ojos castaños, parecía arrepentido de haber suscitado aquella conversación. En cuanto a Juanma, le miraba con aquel afecto incondicional que siempre le había profesado desde que eran poco más que unos bebés.

—Lo haré con tres mil.

Se arrepintió nada más hablar, pero ya era tarde para volverse atrás.

Juanma soltó una exclamación. Siempre las copiaba de los dibujos animados, por lo cual los otros no lo tomaban muy en serio.

—¡Idea! ¿Sabéis lo que se me ha

ocurrido?

—No, si no nos lo dices.

—Yo me voy a Madrid dentro de dos semanas, ya sabéis que todos los años paso parte de las vacaciones de Navidad con mi familia de allí. Podríamos decir a los padres de Ramón que se viene conmigo, y una vez que estemos en Madrid...

—Que se busque la vida —completó Gonzalo—. ¿Estás de acuerdo, Ramón?

—De acuerdo.

Gonzalo carraspeó y se frotó con el índice el entrecejo. Sus amigos le habían visto hacer aquello en clase, antes de responder a las preguntas de algún

profesor con toda exactitud.

—Tenemos que proponer unas normas. Primera: Ramón tendrá derecho a hacer lo que quiera, legal o ilegal, siempre que no pida ayuda a nadie conocido.

—Podrás atracar un banco, si quieres —se rió Juanma.

—No conozco a nadie en Madrid, así que por ese lado podéis estar tranquilos.

—Segunda: nunca podrá decir a nadie que lo que está haciendo es intentar ganar una apuesta.

—Muy bien.

—Cuando se considere vencido —

prosiguió Gonzalo—, bastará con que te llame a ti, Juanma. Lo vas a buscar con tus abuelos o quien sea, y eso pondrá punto final a la partida.

—¿La partida?

—Bueno, al fin y al cabo es como una especie de juego, ¿no?

—En cualquier caso —dijo gravemente Juanma—, no es un juego de niños sino de adultos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que eso es lo que hacen los adultos: salen a buscarse la vida como pueden. Pero se supone que ellos se han preparado durante muchos años.

Ramón y Gonzalo acompañaron a Juanma a su casa como otras veces, pero por el camino Ramón advirtió una mirada especial de Juanma, que dijo:

—Hoy te acompañamos a ti, Gonzalo.

Gonzalo aceptó encantado, cambiaron de rumbo y fueron con él hasta la puerta de su casa. Allí se despidieron, y Juanma y Ramón continuaron en dirección a la casa del primero.

—Quería quedarme a solas contigo —empezó Juanma—, para poder hablar

sin que Gonzalo esté delante.

—Ya me he dado cuenta. ¿Vas a proponerme que hagamos trampas?

Juanma se mordió los labios pensativamente, inspiró con fuerza y finalmente dijo:

—Sí.

—¿Estás loco?

—No, tío: tú estás loco. ¿De verdad vas a intentar una cosa así por una simple apuesta? Te diré lo que haremos: te vienes a Madrid conmigo, y al cabo de tres días llamamos a Gonzalo y le decimos que te has pasado ese tiempo tú solo por ahí. No se enterará, no tiene forma de enterarse.

Ramón, que caminaba con la vista baja dando patadas a las piedras que encontraba en su camino, se detuvo pensando que, supuestamente, de los dos él era el más atrevido y el más inteligente. Juanma le admiraba, no sabía si por alguna de esas razones o porque admirarle era una manera de expresar su amistad.

—Pero es que quiero hacerlo.

—¿Vivir tres días en la calle? ¿Por una apuesta? —repitió Juanma—. ¿Por nuestra paga de un mes?

—No es por una apuesta. Es por mí.

—No lo entiendo. ¿Qué vas a demostrar con eso?

—Demostraré que no soy un crío, que no soy un inútil.

—¿Y eso a qué viene?

Ramón no respondió. Ni siquiera a Juanma le hablaba casi nunca de las palabras despectivas que a veces escuchaba en su casa. ¿Qué habría pensado el ingenuo de Juanma si supiera que él, el admirado Ramón, era poco más que un cero a la izquierda para su padre?

Aunque tal vez eso no era justo. No se trataba de que su padre le despreciase. Era otra cosa, algo más difícil de definir. Ramón sólo podía expresarlo en su pensamiento de una

manera: «Está decepcionado conmigo». No sabía por qué, pero así era. Su padre le quería, sí, pero al mismo tiempo estaba decepcionado, o disgustado, porque Ramón no era como él hubiese querido. Por eso tenía que ganar aquella apuesta. Incluso aunque su padre no llegase a enterarse nunca, lo sabría él.

—Lo sabré yo. Sabré que he ganado —dijo en voz alta.

—Pero ¿ganado qué? ¿A quién?

«Respeto», estuvo a punto de responder Ramón. «Si no soy capaz de ganar el respeto de mi padre, me ganaré el mío propio». Pero no dijo nada. No se hablaba de cosas como aquella, ni

con Juanma ni con nadie.

—Lo que pasa —intentó sonreír Ramón— es que tengo ganas de conocer Madrid.

3. El viaje

EL día señalado para el viaje, se despertó tan nervioso que pensó que se pondría enfermo antes de llegar a Madrid.

Era un día muy frío. En las calles quedaban restos de nieve. Muy a gusto se habría quedado en la cama, como hacía siempre en las vacaciones de Navidad.

Durante la comida, sus padres parecían más cariñosos que de costumbre, como si estuvieran un poco preocupados. Ramón no pudo comer mucho. Tenía el estómago lleno de

nudos.

—¿Quieres que te lleve a casa de tu amigo? —se ofreció el padre.

Ramón lo miró sorprendido. Aquello era una novedad. A su padre no le gustaba sacar el coche por la ciudad, aunque le encantaba pisar a fondo el acelerador en carretera.

—No hace falta, ya sabes que Juanma vive muy cerca.

—Pero vas cargado.

Eso era cierto. Había tenido que preparar una mochila para que sus padres no desconfiasen, aun sabiendo que probablemente sería más un estorbo que otra cosa.

—Come un poco más, hijo —
intervino la madre—; no has probado
bocado.

Finalmente fue ella quien le acompañó a casa de Juanma. Insistió en quedarse hasta que salieron, ya de noche. Primero, el padre de Juanma los llevaba en coche hasta otra ciudad donde se reunirían con unos tíos de Juanma que salían de madrugada en tren hacia Madrid. Ramón se despidió de su madre de esa forma un poco impaciente en que lo hacía cuando alguno de sus amigos estaba delante.

Al salir a la carretera, el padre de Juanma puso la calefacción del coche y

les preguntó qué tipo de música preferían. Era un hombre de buen carácter a quien le encantaba bromear, y no dejó de hacerlo durante el trayecto.

En la noche oscura, se atisbaba de vez en cuando una cumbre nevada. Los campos y praderas, con alguna casa aislada en la que aún se veía alguna luz encendida, tenían un aspecto triste. A Ramón le costaba responder a las palabras del padre de su amigo. Tampoco Juanma hablaba mucho.

En el bar de una gasolinera se encontraron con los tíos de Juanma, a los que Ramón conocía ya, y se despidieron del padre. De allí fueron a

la estación de tren, donde el tío dejó su coche porque pensaba volver al cabo de sólo dos días. La tía se quedaría, con Juanma y los abuelos, toda una semana.

Esperaron en la cafetería hasta casi la hora, y después salieron al andén, donde hacía mucho frío y acabaron los cuatro pateando para entrar en calor. Llegó el tren y ocuparon sus plazas en un departamento de camas.

Ramón y Juanma sólo se atrevieron a cruzar unas pocas palabras en voz baja, para no despertar a los que ya dormían. Al apagarse la luz, Ramón quedó a solas con sus pensamientos. No se había desnudado, y su mano, en el bolsillo del

pantalón, palpaba una y otra vez los tres únicos billetes de mil pesetas.

* * *

El interventor los avisó bastante antes de llegar a Madrid, tan temprano que apenas había amanecido.

Ramón pudo hablar a solas con su amigo unos minutos, en el pasillo. Juanma insistía en que lo mejor sería olvidarse de todo, pero Ramón estaba decidido. O al menos eso dijo.

—¡Córcholis! —exclamó Juanma—. Todavía no me puedo creer que esta historia vaya en serio.

Llegaban a Madrid, atravesando raquíticos bosquecillos y zonas de chabolas. Los tíos de Juanma, muy perfumados y repeinados los dos, salieron al pasillo y se les unieron.

—Ahora te acompañaremos a la casa de esos amigos de tus padres, Ramón. A no ser que vayan a recogerte a la estación.

Les habían contado que Ramón pasaría tres días con unos supuestos amigos de sus padres. Era improbable que los tíos de Juanma hablasen de ello con los padres de Ramón, y en todo caso ese era otro riesgo que estaba dispuesto a correr.

—¿Dónde dijiste que vivían?

—En la Gran Vía —improvisó

Ramón.

—Muy bien. Iremos en metro. Sería una locura ir en taxi a la Gran Vía.

El primer contacto con la ciudad, al bajar del tren, fue la estación, más grande y más concurrida de lo que Ramón había imaginado. Luego, el metro. Se dio cuenta de que en todos los pasillos y andenes había cámaras que observaban a los viajeros. Le parecía que todo estaba sucio, pero nadie más que él parecía fijarse en los techos que goteaban o en las paredes llenas de mugre y desconchones.

Al llegar a la estación de Gran Vía, intentó convencer a los tíos de Juanma de que no era preciso que le acompañasen, pero ellos insistieron:

—A nosotros no nos importa perder unos minutos. No te vamos a dejar solo ahora.

Tuvo que resignarse y salir con ellos a la calle. Echaron a anclar por la Gran Vía. Ramón, desesperado, buscaba a toda prisa alguna idea para no tener que confesar la verdad.

De pronto vio un portal abierto, y un portero de uniforme que se asomaba para contemplar el color del cielo.

—¡Ahí es! —exclamó.

Hizo un gesto de saludo al portero, que lo miró durante un par de segundos y luego respondió del mismo modo. Era un golpe de suerte, y Ramón decidió aprovecharlo.

—Mejor que no subáis. Se levantan tarde. Seguro que los despierto.

—Bueno, como prefieras. Tienes nuestro número. Si quieres quedar con Juanma uno de estos días, sólo tienes que llamar.

Se despidió también de Juanma chocando las manos. Ambos se miraron intercambiando mensajes mudos, algo así como: «Ten cuidado, amigo», y «Lo tendré».

—Hasta dentro de tres días.

Se volvió hacia el portal y se encaminó despacio, con su mochila a la espalda, en dirección a aquella casa que veía por primera vez en su vida.

Aún se detuvo, antes de llegar, a fingir que se abrochaba el calzado, dando tiempo a que sus amigos volvieran al metro.

Cuando levantó la vista, habían desaparecido.

Se incorporó lentamente, y por un momento sintió una ráfaga de pánico semejante a un viento frío que le llegase hasta los huesos.

Estaba solo.

4. La primera mañana

POCO a poco, los detalles de su entorno fueron haciéndose precisos como los de una imagen que hasta ese momento hubiera estado desenfocada.

Contempló los altos edificios, rematados por cúpulas y templetes, y los adornos navideños y las miles de bombillas de colores; un ambiente que hasta entonces sólo había visto en el cine. Lo más asombroso de todo era la cantidad de gente: ríos de personas que pasaban a su lado sin mirarle, todos caminando muy deprisa.

Parado en la acera, sin saber qué

dirección tomar, le era difícil esquivar los empujones y golpes. Los transeúntes le empujaban y proseguían su camino como si no viesen ni se enterasen de nada, sin molestarse en volver la cabeza o pedir disculpas.

Observó fascinado la mezcla de razas: de la piel muy blanca a la muy negra, había una gama casi infinita de tonos. Todas las razas parecían estar representadas, todos los idiomas, todos los acentos. Se preguntó por qué todas aquellas personas habrían elegido España para vivir, y de qué vivirían exactamente.

Otra cosa que le llamaba

poderosamente la atención era el olor. Era muy distinto del olor de su ciudad, a pesar de que también en ella abundaban los coches. En Madrid, los tubos de escape eran tantos que el aire estaba envenenado. Notaba un picor en la nariz y en los ojos, y se preguntó si llegaría a acostumbrarse como al parecer lo habían hecho los demás.

La curiosidad y la inquietud se entremezclaban. Era consciente de que alrededor de él había peligros reales: conductores imprudentes, gentes que hablaban solas y le miraban con ojos de loco, hombres que buscaban cosas inconfesables. Y el frío, y el hambre.

¿Qué haría cuando se le acabase el dinero? ¿Qué comería? ¿Dónde dormiría si se quedaba sin lo suficiente para una pensión?

Se internó por calles cada vez más estrechas y sucias, buscando alejarse de aquella Gran Vía que le intimidaba. Miraba con disimulo a quienes se cruzaban con él, preguntándose en qué eran distintos los habitantes de una gran ciudad. ¿Tal vez hacía falta ser más listo para vivir en un sitio tan complicado?

De vez en cuando, alguien le miraba con insistencia. Entonces él procuraba acelerar el paso y no volverse. En algunos momentos revivía una vieja

sensación, y tardó en darse cuenta de que era un eco de la angustia de cierta vez en que, siendo aún muy pequeño, se separó de su madre y se perdió. La historia había quedado como una anécdota de familia que todavía se recordaba por causa del desenlace gracioso: a Ramón no se le ocurrió nada mejor que buscar a un guardia y advertirle que se había perdido «una mamá».

Por el momento, no se planteaba adónde ir. Sólo quería caminar sin rumbo dejando que la suerte le guiase. La mochila no pesaba demasiado.

Aún no eran las nueve, y ya las

calles estaban llenas de humos y ruidos. Los coches aparcaban en doble o triple fila estorbándose mutuamente e impidiendo el paso de los peatones. Algunas calles parecían dar vueltas y revueltas. Sin proponérselo, al cabo de unos minutos estaba otra vez en la Gran Vía.

Vio a lo lejos una gran plaza y se preguntó si sería la Puerta del Sol, que conocía de nombre. Caminó en aquella dirección sin prisas. Le fascinaba el olor caliente y húmedo que surgía de las bocas de metro, cuyos nombres — Callao, Santo Domingo— también le resultaban familiares.

De pronto vio algo que le llamó la atención: era una niña que no caminaba apresuradamente como los demás sino que permanecía sentada en la puerta de un cine. Tenía al lado un carrito de la compra. Tal vez la habían enviado a comprar y estaba tomándose un descanso. Pero había algo en ella que a Ramón le hizo pensar que estaba en apuros. ¿Se habría perdido? Aparentaba la misma edad que él, así que no debía de ser ese el problema: a los doce años, si uno se pierde sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Pero ¿entonces?

Ella levantó la vista. Permanecía encogida para protegerse del frío, con la

barbilla sobre las rodillas y los brazos rodeándose las piernas. No cambió de postura, pero lo miró con sus ojos oscuros y habló en voz baja:

—He perdido el dinero que me habían dado para la compra.

Ramón no era más tímido que la mayoría, pero a veces, sobre todo ante una chica guapa, se quedaba sin palabras. Eso fue lo que le ocurrió en aquel momento. Poco le faltó para ponerse colorado. Miró a un lado y a otro, como para asegurarse de que la chica le hablaba realmente a él. Desde luego, sobre eso no cabían dudas. Intentó una sonrisa solidaria.

—¿Era mucho?

—Dos mil pesetas —respondió ella con los ojos húmedos—. Mi padrastro me va a matar.

Ramón titubeó, indeciso acerca de si debía seguir su camino o sentarse un rato junto a ella para mostrarle su simpatía.

—¿Tu padrastro?

—Sí. Es un cerdo. Se emborracha y nos pega a mi madre y a mí.

Ramón había oído hablar de casos semejantes. En la televisión, de vez en cuando... Pero nunca se había figurado que llegaría a conocer a alguien que estuviera en aquella situación. La pobre

chica le inspiraba una compasión que le dolía en el pecho.

—Lo siento —murmuró.

Ella hizo un gesto como encogiéndose de hombros. «Estoy acostumbrada», tradujo Ramón. ¿Cómo era posible que sucedieran cosas así? ¿Qué culpa tenía ella de que su madre se hubiera casado con un cerdo?

Lo cierto es que le parecía muy guapa. No, la palabra no era guapa. Bonita, era una palabra más adecuada para ella. Allí sentada, en la gran escalinata, parecía pequeña y frágil. Llevaba el pelo cortado en media melena, en forma de campana, un pelo

negro y brillante como sus ojos. Su voz era un poco ronca, como si estuviese resfriada o afónica. Ramón se preguntó cuánto tiempo llevaría allí sentada. Era muy temprano, las tiendas ni siquiera estaban abiertas. ¿Habría pasado la noche allí?

—Y todo por dos mil pesetas —dijo ella.

Entonces Ramón hizo lo único que podía hacer. Metió la mano en el bolsillo, contó sin sacarlos los tres billetes de mil que eran toda su fortuna para el tiempo de la apuesta y sacó dos de ellos.

Se los puso a la chica en la mano.

Ella no los rechazó ni los guardó enseguida. Lo miró un poco sorprendida, como si no pudiera creer en aquella inesperada buena suerte.

—Gracias.

Ramón hizo un gesto quitando importancia a lo que acababa de hacer. Ella no se levantaba, no se iba enseguida a comprar. Había algo extraño en todo aquello. A Ramón le pareció que lo mejor que podía hacer era irse y dejarla a solas. Seguramente ella estaba avergonzada.

—Bueno, adiós.

—Adiós —dijo ella.

Ramón siguió andando Gran Vía

abajo sin volverse una sola vez.

Llegó a la plaza, que no era la Puerta del Sol sino la plaza de España, y se puso a contar los pisos del edificio más alto. Había treinta y tres, tal vez treinta y cuatro. Por la plaza corría un viento helado.

«Me quedan mil pesetas», pensó. «Con mil pesetas no podré comer y dormir tres días; seguramente, ni uno solo».

5. La tarde y la noche

A MEDIODÍA, decidió saltarse la comida. Si tenía que empezar a hacer economías, cuanto antes mejor. Intentó convencerse de que no tenía demasiada hambre y evitó mirar los escaparates donde había bocadillos o pasteles.

«Por la noche, cuando haga más frío, me tomaré algo caliente», se dijo, y procuró no volver a pensar más en la comida.

Pasadas las tres de la tarde, empezó a sentirse cansado. Había bancos en algunas plazas, pero con el frío y la humedad no era buena idea quedarse

sentado demasiado rato. El cielo, que había permanecido gris durante todo el día, iba adquiriendo un tono de cobre. Se adivinaba un sol tibio luchando por asomar entre las nubes, pero en ningún momento se le veía.

Ramón pensó que lo mejor sería volver al metro. Había descubierto que no era demasiado caro, y al parecer se podía viajar en él durante horas por el precio de un billete. Pero se obstinó en no preguntar, y eso hizo que tardara bastante antes de encontrar una estación de metro.

Se sentía algo aturdido, después de tantas horas andando casi sin parar. Ya

no se volvía para mirar a los viejos que rebuscaban en las papeleras, a la gente que corría para alcanzar un autobús, a los que repartían propaganda o a las ambulancias y coches de la policía que hacían sonar sus sirenas. Se iba acostumbrando al continuo ruido de fondo, y cuando bajó las escaleras del metro apenas le llamó la atención el olor.

Tomó el primer metro en una dirección cualquiera, y permaneció en él hasta casi el final de la línea. Allí retrocedió en un tren casi vacío en el que logró sentarse. Después pasó a otro metro y a otro más, buscando

simplemente un asiento vacío en cualquier vagón. No le importaba la dirección que seguían los trenes ni necesitaba saber por qué línea estaba viajando u observar el nombre de las estaciones. Se había empeñado en mantenerse en el metro tanto tiempo como le fuera posible.

Transcurrieron dos horas, tres. Los metros semivacíos se llenaban más y más conforme avanzaba la tarde. Los viajeros eran cada vez más heterogéneos (esa palabra le recordó a Gonzalo, que a veces utilizaba expresiones así): obreros que salían de su trabajo, mujeres que iban a los centros

comerciales, muchos chicos y chicas, ancianos que intentaban conseguir un asiento —se preguntaba si alguno de ellos no estaría haciendo exactamente lo mismo que él—, pedigüños que recorrían los vagones contando mil veces la misma historia.

Descubrió que había líneas elegantes donde los coches del metro eran nuevos, espaciosos, con asientos tapizados, y las estaciones se mantenían limpias, y también líneas antiguas con trenes sucios y pintarrajados. Que había trayectos en los que los viajeros olían a colonia y otros donde predominaba el olor a sudor. Empezó a aprender cosas sobre la

ciudad sin verla, sin ver la superficie, sin salir del subsuelo.

Finalmente decidió que no tenía sentido seguir dando vueltas al azar, y en una estación cualquiera se sentó, con la mochila a sus pies, y se quedó contemplando a los viajeros que entraban y salían de los metros.

El andén se llenaba pronto. Hombres y mujeres que consultaban sus relojes y hojeaban sus periódicos. En aquella estación iban bien vestidos, pero Ramón se fijaba, sin saber por qué, en sus defectos o en los aspectos menos agradables: las ojeras, los granos, una chica cojeando porque se le había roto

el tacón del zapato, un hombre que se metía el dedo en la nariz sin preocuparse de que pudieran verle. Al cabo de tres o cuatro minutos llegaba el metro y desaparecían todos tragados por las puertas. Otros se cruzaban con ellos y salían a paso rápido. Y enseguida el andén empezaba a llenarse de nuevo. Una y otra vez. Era un espectáculo siempre igual y siempre diferente.

Por fin, Ramón tuvo que admitir que había llegado el momento de hacer caso de su estómago, que reclamaba algo caliente con ruidos cada vez más sonoros. Eran más de las ocho. Llevaba doce horas sin tomar nada.

Se puso la mochila y emprendió el camino de la calle, con cierto disgusto porque comprendía que la tregua había terminado. A partir de aquel momento, empezaban las dificultades.

* * *

Decidió que antes de comprarse algo para cenar sería mejor investigar el precio de las pensiones, aunque tenía muchas dudas de que en alguna le alquilaran una habitación por mil pesetas.

Vio el cartel de un hostel casi frente a la boca del metro, y subió al piso que

indicaba. Una mujer muy maquillada y con el pelo de un color imposible le miró de arriba abajo con cara de extrañeza.

—¿Una habitación? ¿Viajas solo o qué? ¿Tienes documento de identidad?

No había contado con aquello. Naturalmente: para dormir en cualquier alojamiento había que mostrar un carné. ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido pensar en ello?

—No, señora. Aún no tengo dieciséis años.

La mujer se encogió de hombros.

—Entonces, lo siento. No quiero problemas. Vuelve con una persona

mayor y te daré habitación.

Bajó las escaleras a toda prisa, furioso consigo mismo.

Unos minutos más tarde preguntó en una pensión, donde le mostraron un cuarto no mucho mayor que un ascensor, totalmente interior, por el que le pidieron dos mil pesetas.

—No llevo tanto.

—Entonces no me hagas perder el tiempo, chico —gruñó la vieja propietaria de la pensión.

En el tercer sitio le dijeron que no podía quedarse si iba solo, y en el cuarto y el quinto prácticamente lo mismo. Pero a pesar de ello siguió

insistiendo. Había descubierto una nueva forma de pasar el tiempo, sin duda más fatigosa que el metro pero que al menos le permitía estar ocupado, no pensar.

Pasó la hora de la cena y seguía sin probar bocado. Demasiado tarde comprendió que, si no un bocadillo — costaban casi un tercio del dinero que tenía—, debería haberse comprado al menos una barra de pan. Pero eran más de las diez y naturalmente no quedaba ninguna panadería o supermercado abiertos.

A las diez y media, la enésima vieja (el negocio de las pensiones parecía

estar siempre regentado por viejas) le explicó que no podía darle habitación si no tenía un documento de identidad, y finalmente se dio por vencido.

Estaba muy cansado. Las rodillas y los pies le ardían de tanto caminar y subir escaleras. Le dolía la espalda por causa de la mochila. El hambre, con ser mucha, no era lo peor. Lo peor era la sed y el frío. También se hacía sentir la humedad, una niebla que era casi llovizna y que lo impregnaba todo haciendo imposible el sentarse en un banco. Por suerte llevaba una chaqueta con forro de los llamados polares, que le protegía bastante bien. Los vaqueros,

sin embargo, los tenía húmedos, lo que multiplicaba la sensación de frío.

Encontró una fuente y bebió hasta saciarse del chorro potente y muy frío. Lo malo fue que, casi enseguida, le entraron unas ganas de orinar irresistibles.

Empezó a dar vueltas buscando un lugar donde pudiera entrar a usar el servicio, pero ninguno le parecía adecuado, y menos llevando la mochila. Al final lo hizo a toda prisa en unos jardincillos mal iluminados.

Se preguntó si podría pasar la noche en el metro. No se le ocurría nada mejor. A no ser que se diera por vencido. Tenía

el teléfono de Juanma en Madrid. Bastaría con llamar y seguro que irían a recogerle. En media hora podía estar a salvo, caliente y con una buena cena a su disposición.

Pero sólo lo pensó un minuto. No. No se daría por vencido tan pronto. Intentaría, al menos, pasar esa noche sin ayuda. Así que una vez más volvió al metro para estar a cubierto y librarse del frío.

Los andenes estaban mucho más desiertos que por la tarde, y parecían todavía más sucios. Los trenes tardaban más, y las miradas insistentes abundaban más que durante el día. Un hombre se

acercó a él y le ofreció algo con palabras confusas. Sin entender apenas lo que le proponía el desconocido, Ramón abandonó el andén y aguardó en un pasillo hasta estar seguro de que el hombre no le seguía.

Los carteles de la compañía del metro, que leyó de cabo a rabo por pasar el tiempo, le hicieron perder la esperanza de pasar la noche allí; las estaciones se cerraban de madrugada. Así pues, era necesario buscar otra idea.

Le dio rabia haber gastado dinero inútilmente en volver al metro. Teniendo en cuenta los dos billetes que había comprado, el de la tarde y aquel último,

le quedaban poco más de setecientas pesetas. ¿Adónde ir con ese dinero?

De pronto, se le ocurrió que lo mejor sería volver a la estación. ¿Cómo no lo había pensado antes? En la estación habría bancos o sillas donde dormir al menos unas pocas horas.

Inexplicablemente, después de haber pasado tantas horas en el metro, se confundió de línea y eso le hizo perder mucho tiempo. Era casi medianoche cuando, agotado, llegaba al vestíbulo de la estación.

Enseguida comprendió que tampoco allí podría pasar la noche.

El problema no era la posibilidad de

ser atracado o molestado, como había temido, sino la propia policía. Había agentes patrullando que lo observaban todo y que con frecuencia se acercaban a alguien para pedirle la documentación. Si lo veían solo mucho rato, le preguntarían si viajaba con alguien y tendría que acabar confesando la verdad.

Renunciando a la caldeada atmósfera, a la relativa comodidad y seguridad de la estación, dio media vuelta y salió a la calle.

Empezó a caminar hacia el centro, pero luego lo pensó mejor y cambió de dirección. El centro, de noche, sería más

peligroso que cualquier barrio.

De hecho, todo parecía tener un aspecto distinto sólo por ser de noche. Las personas con las que se cruzaba tenían un aire inquietante y un poco fantasmal.

Se preguntó qué diría su madre si pudiera verle errar en la noche como un vagabundo. ¿Y su padre? Evocó el gesto habitual del padre cuando meneaba la cabeza de un lado a otro con disgusto o desaprobación.

A cada minuto, la temperatura parecía bajar un poco más. Comprendió que lo más sensato que podía hacer era buscar un refugio, y empezó a mirar con

atención los huecos y portales más discretos.

Había llegado a una zona solitaria. Era demasiado tarde para la mayoría de los ciudadanos, y aún temprano para los noctámbulos. En una calle poco iluminada, vio un lugar propicio a la entrada de una tienda. Se sentó allí. No era un mal sitio, pero tuvo que levantarse muchas veces para buscar cartones y periódicos como había visto hacer a los parias que dormían en la calle. Improvisó una especie de cama, aunque siguió sentado; no se atrevía a tumbarse, y mucho menos a intentar dormir, por miedo a que le robaran la

mochila.

Acurrucado, abrazándose las piernas —eso le recordó a la chica a la que había ayudado por la mañana—, permaneció mucho tiempo en la misma postura. Ya no sentía hambre. No sabía qué hora era, prefería no mirar el reloj. Lo único que deseaba era que la noche se acabase cuanto antes y saliera el sol.

Un perro flaco se le acercó moviéndose con precaución, el rabo entre las piernas, y se quedó a su lado temblando. Poco a poco se pegó a él, puesto que Ramón no lo rechazaba. Gemía suavemente. Ramón, que percibía su calor, le habló en voz baja:

—No tengas miedo, puedes quedarte si quieres.

Y así, con aquella inesperada compañía, sin darse cuenta se quedó dormido.

6. El segundo día

AL despertar, tan temprano que las calles estaban aún oscuras, supo que no lo conseguiría.

Ya no era cuestión de hambre, o de frío o de cansancio, sino de que la prueba había perdido su sentido, su significado. Tres días y tres noches, ¿para qué? Parecía una buena idea mientras no se pensaba demasiado en ello; como cuando, de pequeño, desafiaba a algún amigo: «¿A que no subes ahí?», «¿A que te gano a correr?». Pero esta vez era distinto; estaba compitiendo contra toda una ciudad de

cuatro millones de personas, y además sin las cartas necesarias para el juego: dinero suficiente.

Dinero era lo que buscaban aquellos cuatro millones de personas. Era dinero justamente lo que se necesitaba para vivir bien, incluso para vivir. Un chico sin dinero no era en el fondo muy distinto de un adulto sin dinero: si tenía poco, valía poco. Así de sencillo. Gonzalo tenía razón. Recordó sus palabras: «La cuestión es cuánto dinero se necesita. La pasta es lo que importa, no la edad que tengas».

Pensó en Gonzalo, que a esa hora estaría en su cama durmiendo sin

ninguna preocupación. En Juanma, que seguramente esperaría su llamada de un momento a otro. ¿Qué diría Juanma cuando él le llamase? Seguro que soltaría una de sus exclamaciones, algo así como «¡Caracoles!». Sí, diría: «¡Caracoles, tío! ¿Por qué no has llamado antes?». Juanma era un verdadero amigo. Los verdaderos amigos, pensó Ramón, son aquellos que no esperan que les demuestres nada.

Al incorporarse, descubrió que le dolían todos los huesos. El perro que durante unas horas le había hecho compañía había desaparecido. Seguramente se había marchado en

busca de una rejilla que desprendiese calor, para tumbarse encima, como hacían algunos vagabundos. Por la noche, Ramón había visto a un par de parias durmiendo así. Los mendigos y los perros, buenos amigos, acababan por parecerse.

Se puso en marcha, una vez más sin rumbo, porque andar era la mejor manera de combatir el frío. La luz gris de la mañana iba aclarándose poco a poco. Ojalá saliese el sol. Los ciudadanos más madrugadores ponían en marcha sus coches o se apresuraban hacia el metro o el autobús. Algunos corrían, ya a esa hora.

Vio unas escaleras por las que bajaban muchas personas, y también él hizo lo mismo pensando que sería una boca de metro. Sin embargo, sólo era un paso subterráneo que los peatones utilizaban para evitar pérdidas de tiempo en los semáforos. Al parecer no les molestaba pasar bajo tierra parte de su vida. Como había hecho él el día anterior en el metro, muchos ciudadanos se movían por el subsuelo o trabajaban en él. La ciudad era como una enorme mina con numerosas galerías —los aparcamientos, los pasos subterráneos, los sótanos comerciales, el metro— en las que a pesar del aire malsano

permanecían miles de personas que, por lo visto, ya no necesitaban la luz ni el oxígeno.

Los repartidores se impacientaban cuando alguien les bloqueaba el paso. En algunas calles, los coches desfilaban tan lentos como el paso de una persona. Muchos conductores hacían uso de sus teléfonos móviles. Ya se oían sirenas, probablemente de ambulancia. El aire, que no había llegado a renovarse desde el día anterior, era sucio y pesado. Las veinticuatro horas que llevaba sin probar bocado empezaban a afectar no sólo a su estómago. Se sentía débil.

Se decidió a entrar en un bar y pedir

un vaso de leche con cacao. Después de tomársela, y tras mucho pensarlo, pidió también unos churros porque le dio envidia ver que todo el mundo los tomaba.

Poco después encontró un parque y se internó en él en busca de un poco de silencio. Anduvo por senderos húmedos bajo los castaños, hasta llegar a una glorieta desde la que se veía un estanque que reconoció gracias a los reportajes de la televisión. De modo que estaba en El Retiro. Siempre había querido conocer aquel parque.

Por primera vez desde que había llegado a Madrid, se dio cuenta de que

era libre para ir a los lugares que siempre había querido visitar: el Parque de Atracciones, el Zoo, la Casa de Campo, la Cibeles, algún estudio de televisión...

Pero para todo eso hacía falta dinero, y con quinientas pesetas poco podía hacer. Contó sus monedas. Una, dos, tres, cuatro, cinco de cien. Y quedaban aún casi dos días. No, definitivamente no lo conseguiría.

Se sentó en un banco y rebuscó en su mochila. No podía cambiarse de ropa interior, a menos que buscara unos servicios, pero por el momento le bastaba con ponerse unos calcetines

limpios. Estuvo dudando acerca de si sería buena idea cambiarse también de camisa, pero finalmente desistió porque no se atrevía a hacerlo allí, a la vista de los paseantes que empezaban a llegar al parque.

A las diez buscó una cabina, calculando que Juanma ya estaría despierto. Lástima no tener cinco duros sueltos para llamar, pero confiaba en que el teléfono le devolviese el resto si metía una moneda de veinte duros. La introdujo, marcó el número de Juanma y esperó mientras sonaba la señal de llamada. La oyó una vez, dos, tres. A la cuarta saltó un mensaje grabado: que

podía dejar su teléfono y ya le llamarían. Colgó, furioso. Para colmo, el teléfono se había tragado los veinte duros.

Recorrió el parque de un extremo a otro, y después salió por una puerta distinta a la que había utilizado para entrar. Reconoció la Puerta de Alcalá y, más abajo, la Cibeles, inconfundible con sus leones y rodeada de coches por todas partes.

Tomó por la calle de Alcalá hasta llegar a la Puerta del Sol. Se detuvo a contemplar el reloj que, pocos días más tarde, marcaría para millones de españoles el comienzo de un nuevo año.

Por Preciados, una multitud entraba y salía de los centros comerciales, se apresuraba hacia sus obligaciones o se demoraba ante los escaparates adornados con motivos navideños. Siempre el ruido, siempre el exceso de gente. Ramón, aturdido, tuvo una impresión de desdoblamiento, como si una parte de él se separase, ajena a todo aquello.

Entró en una de aquellas grandes tiendas. Miles de personas lo curioseaban todo, titubeaban ante un artículo sin decidirse a comprarlo. Los vendedores tenían sonrisas cansadas. Había quien vigilaba a los compradores

para impedir que se llevasen algo sin pagar. Ramón vio a una chica de unos veinte años, camuflada entre los clientes, que hablaba a través de algo escondido en su manga. Unos pasos más allá, un guarda de seguridad recibía el mensaje en su walkie-talkie: «Afirmativo. Recibido». Sabía cómo funcionaban esos chismes. Gonzalo tenía uno y a menudo habían jugado con él.

Por todos lados había gente que sacaba dinero o tarjetas para pagar sus compras. Salió a la calle. Había vendedores callejeros de ropa y otras cosas, atentos a salir corriendo si la policía hacía acto de presencia. Muchos

eran negros u orientales. Vio cajeros automáticos, teléfonos públicos, gente pidiendo limosna. Y siempre alguien que sacaba dinero, que lo contaba cuidadosamente, con respeto, y volvía a guardarlo tomando toda clase de precauciones. Dinero, por todas partes dinero que cambiaba de manos.

Se fijó en una mujer que llevaba varias bolsas, y por unos segundos los latidos de su corazón se aceleraron porque absurdamente creyó que era su madre. Al aproximarse, descubrió que en realidad no se parecía mucho: tan sólo el pelo y la manera de andar eran semejantes.

Llegó a Callao. Aquella zona ya la conocía del día anterior. De nuevo los empujones y los golpes. Era como volver al punto de partida, como si la ciudad, mucho antes de lo previsto, hubiera agotado ya sus posibilidades. «¿Qué voy a hacer hoy, durante todo el día?», se preguntó. No podía volver a pasarse el día en el metro, no podía quedarse nuevamente sin comer. Sólo quedaba llamar a Juanma y declararse vencido.

«A mediodía», pensó. «A la hora de comer seguro que estarán; llamaré entonces y, si estoy muy mal, les pediré que vengan a recogerme».

Como el día anterior, bajó por la Gran Vía hacia la plaza de España. Dos horas. Si aguardaba dos horas más, habría llegado a la mitad del tiempo previsto para la apuesta. Ese pensamiento no le entristeció. Estaba demasiado cansado para sentir nada que no fuera el deseo de acabar con aquello cuanto antes.

De pronto, vio algo que le hizo detenerse en mitad de la acera. Apenas podía creerlo. A dos pasos, exactamente en el mismo lugar del día anterior, estaba la niña del pelo en forma de campana. Seguía sentada a la puerta del cine como si en todo aquel tiempo no se

hubiera movido. Sólo que llevaba una ropa distinta.

Ella no le había visto. Ramón esperó, fingiendo que contemplaba un escaparate, sin dejar de mirar a la niña de reojo. Pasó un hombre caminando despacio, con el aspecto de un forastero un poco aburrido, y entonces ella le habló en voz baja:

—He perdido el dinero que me habían dado para la compra.

El hombre la miró de arriba abajo, sonrió; para ganar tiempo mientras llegaba a una decisión, preguntó:

—¿Cómo dices?

—Dos mil pesetas —dijo ella, que

parecía a punto de llorar—; me habían dado dos mil pesetas. No me atrevo a volver a mi casa sin ellas. Mi padrastro...

Ramón dio media vuelta y se alejó calle arriba, asqueado. De modo que esa era la verdad. Aquella niña con su aspecto inocente se dedicaba a pedir repitiendo a todo el mundo la misma historia. Seguramente, lo de su padrastro era falso. Todo falso. Le daban ganas de vomitar.

Se sentó en un banco, mirando ceñudamente a los transeúntes que parecían figurantes de una película a cámara rápida. Aquella niña con su

mirada inocente le había estafado la mayor parte de su dinero. Por culpa de ella llevaba un día entero contando una y otra vez sus últimas monedas. Las sacó y las miró sintiendo cómo crecían dentro de él la rabia y la tentación de hacer algo dramático. Las contó sin necesidad: una, dos, tres, cuatro. Las apretó en el puño. Cuatro monedas para llamar a Juanma, para tomar el metro, para comprar un bocadillo hasta que fueran a rescatarle.

Delante de él, en el suelo, junto a la pared de una casa, había una rejilla, sin duda la ventilación de algún sótano.

Se puso en pie sabiendo de

antemano que iba a cometer una acción estúpida, que se arrepentiría. Ya no se entendía a sí mismo ni sabía por qué hacía las cosas. Se situó sobre la rejilla y abrió la mano dejando caer las monedas.

—Ya está —dijo a media voz, sin darse cuenta, como si acabara de resolver un problema.

De haber encontrado un contenedor, habría tirado también la mochila. Para no poseer nada. Para ser completamente libre. Ningún sitio donde ir, nada que custodiar.

Varias personas le estaban mirando. Se habían dado cuenta de su acción al

tirar las monedas. Les dio la espalda y cruzó casi a ciegas, sin hacer caso de los coches. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

7. Un mal encuentro

A MEDIODÍA, lucía el sol y la temperatura había subido unos cuantos grados. Tal vez por eso, en las calles del centro había más gente que nunca. Ramón pensó que había elegido la peor época posible: en vísperas de Navidad, todo el mundo parecía más agresivo. Tal vez era cierto que muchos tenían mejores sentimientos que en el resto del año, pero a la hora de ir de compras se volvían bestias violentas.

Harto de apreturas y empujones, decidió volver al Retiro. Al menos allí se podía respirar y no había tanto ruido.

La mochila, por suerte no muy llena, era una carga molesta pero le vino bien cuando quiso quitarse la prenda de más abrigo. Al guardarla, descubrió algo que había estado acarreando todo el tiempo sin recordarlo: unas bolsas de frutos secos que su madre había insistido en añadir a su equipaje.

«Pero, mamá, si no me lo voy a comer», había dicho él.

«Tú llévatelo, que a lo mejor te viene bien».

¿Bien? ¡Le venía de maravilla! Había cacahuetes, avellanas y almendras. Lástima no tener también algo de chocolate para que el festín

fuese más completo.

Se sentó en un banco a la entrada del parque y empezó a comer alternando las bolsas. Pensó en su madre, con un sentimiento de culpa, e inevitablemente también en su padre. Su padre tenía una pequeña empresa de embalajes de la que estaba orgulloso. A menudo contaba que había empezado trabajando en uno de los últimos puestos de una fábrica y que poco a poco se había abierto camino sin ayuda.

«No te fíes de nadie», le aconsejaba siempre. «Nadie te regala nada. Si te dan algo, será porque esperan algo a cambio».

Ramón no estaba de acuerdo. Pensaba que, de entrada, era preferible confiar en los demás. Si no lo merecían, ya habría tiempo para cambiar de actitud.

Otro problema eran las notas. Cuando eran buenas, su padre jamás le felicitaba. Cuando no eran tan buenas, sin embargo, meneaba la cabeza con aquella mirada suya de disgusto y hacía comentarios que a veces le herían. Más de una vez, sus padres habían discutido por aquella cuestión.

«No es bueno presionarle tanto», indicaba la madre.

«¿Quieres que sea un inútil toda su

vida? Tendría a quién parecerse».

Pues el tío de Ramón, el hermano menor de su madre, no había trabajado nunca y a los treinta y tantos años dependía todavía de sus padres.

Pensando en todo ello, Ramón se daba cuenta de que había cometido un error. ¿Cómo iba a decirle a su padre, cuando volviera, «He estado viviendo tres días en Madrid sin ayuda de nadie»? ¿De veras se ganaría su respeto con eso, o más bien el padre le acusaría de ser un inconsciente?

Los frutos secos le habían dado sed. Fue en busca de una fuente y bebió hasta que no pudo más. A esa hora, los

visitantes del parque eran muchos. Se preguntó si toda aquella gente no comería. Luego recordó su aventura al irse sin pagar del restaurante. Así había empezado todo. ¿Por qué, ahora que lo necesitaba de veras, no se atrevía a repetirlo?

Bordeó el estanque y se sentó en una escalinata que llegaba hasta el agua. Decidió que se quedaría por allí mientras hiciera sol. Lo malo iba a ser la noche. No se sentía con fuerzas para pasar otra noche en la calle.

Registró el contenido de su mochila, buscando algo que pudiera vender para conseguir un poco de dinero, pero sólo

había ropa, una pequeña bolsa de aseo, un libro y un par de cómics. Los sacó y se puso a leerlos aunque ya los había leído varias veces cada uno.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que alguien se sentaba a su lado. Vio que eran dos chicos mayores que él. Le extrañó que se sentaran tan cerca, habiendo mucho sitio libre.

—Pasa uno —oyó que le decían.

Sin apenas mirarlos, les tendió un cómic. Uno de los chicos se puso a hojearlo pero el otro no dejaba de mirar a Ramón.

—¿Tienes tabaco?

—No.

—¿Y pasta?

Ramón negó en silencio. El que le interrogaba le ofreció una sonrisa falsa. Era bajo pero ancho y fuerte; tenía una cabeza enorme y unos dientes muy extraños y como afilados. A Ramón le recordó a un cerdo.

El otro levantó la vista del cómic y miró a Ramón de arriba abajo con unos ojillos diminutos y malvados.

—¿Qué llevas en la mochila? — preguntó.

Ramón sintió que palidecía. Aquellos dos iban en serio. Se dijo que lo mejor sería desaparecer, si aún estaba a tiempo, y empezó a ponerse en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó el de la cara de cerdo sujetándole por un brazo —. Vuelve a sentarte.

—Tengo que irme.

El de los ojillos tiró el cómic al agua, se levantó y fue a sentarse al otro lado de Ramón. Ahora tenía uno a su derecha y otro a su izquierda, como si quisieran impedirle cualquier movimiento.

Todo estaba sucediendo tan de repente que Ramón no sabía cómo reaccionar. Nunca había estado en una situación parecida. Por una mala pasada de su memoria, le volvieron a la mente las palabras de su padre: «No te fíes de

nadie».

—Vamos a ver lo que llevas en la mochila —ordenó el que se acababa de sentar a su lado—. Tú, retuércele el brazo para que se vaya enterando. Si hace falta, le rompes el hueso.

El otro le tiró del brazo por detrás y hacia arriba, de tal forma que si lo forzaba un poco más podía dislocarlo. A Ramón le parecía imposible que aquello le estuviera sucediendo de verdad, a pleno sol y en un parque lleno de gente. Pero vio que no había nadie cerca para ayudarle aunque pidiera auxilio, y comprendió que estaba verdaderamente en peligro.

—Podéis quedaros la mochila —
ofreció en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Que os doy la mochila.

—Nos regala la mochila —explicó
el de ojos diminutos.

—Eso ha dicho —respondió el otro.

Parecían dos payasos repitiendo las
mismas frases. El que le sujetaba el
brazo cogió la mochila con la otra mano
y se la pasó a su compañero.

—Toma, una mochila de regalo.

El otro se la puso y empezó a subir
las escaleras despacio mirando a un
lado y a otro para asegurarse de que no
había testigos. El de la cara porcina dio

un último tirón al brazo de Ramón y le ordenó:

—Te quedas aquí sin moverte hasta dentro de un rato. Ni se te ocurra buscar a los munipas para denunciarnos. La mochila nos la has dado tú porque has querido.

Por un instante, Ramón estuvo a punto de lanzarse sobre él sin hacer caso de que fuera mayor y más fuerte, o que fuesen dos contra uno. Pero le detuvo el pensamiento de que tal vez llevarían navajas.

En cuanto se perdieron de vista se alejó en la dirección contraria, furioso consigo mismo y con su mala suerte.

El resto de la tarde lo pasó andando sin rumbo. Procuraba no pensar en nada, pero admitía que había llegado el momento de rendirse. Sin una prenda de abrigo, que había quedado en la mochila, no podía plantearse el pasar otra noche a la intemperie.

Al anochecer entró en un centro comercial. Tenía la impresión de que todo lo había hecho ya anteriormente, que había pasado al menos dos veces por los mismos lugares. Pero allí dentro, aunque le aturdiese la aglomeración, no tenía frío y se sentía a salvo.

Recorrió algunas plantas fijándose en la gente de su edad con una cierta envidia. Todos aquellos chicos y chicas parecían disponer de dinero para gastar y, desde luego, tenían una casa a la que volver. Pues en algunos momentos se sentía como si ya hubiese perdido definitivamente todo. Pero luego el sentido común prevaleció, y se dijo que también él tenía una casa, y que si pedía unas monedas podría llamar para que su padre fuese a recogerle. Le gustaba correr con el coche, así que no tardaría muchas horas en llegar a Madrid.

De pronto, en un bolsillo donde no creía llevar nada, se encontró con unas

cuantas monedas pequeñas, de duro. Al principio, no comprendió de dónde habían salido, hasta que recordó que eran el cambio que le habían devuelto en el metro el día anterior, y que había guardado en un bolsillo que apenas usaba.

Salió a la calle y buscó un teléfono público. Aquellas monedas bastarían para llamar a Juanma, si tenía suerte, pero no eran suficientes para hablar con sus padres. Tal vez eso fuera una especie de señal. De acuerdo, llamaría a Juanma y después ya se vería.

Marcó el número y aguardó conteniendo la respiración. El corazón

le latía muy deprisa. ¿Y si el teléfono estaba averiado? ¿Y si de nuevo salía una grabación? Y entonces oyó la voz tan conocida de su amigo.

—¿Juanma? ¿Eres tú, Juanma?

—¡Córcholis, Ramón! ¡Por fin!

¿Dónde estás?

—Juanma...

No sabía cómo empezar. El nerviosismo le dejaba sin palabras. Comprendió que no podía correr el riesgo de que la comunicación se cortase antes de decir dónde se encontraba, y respondió:

—En la Puerta del Sol.

—¿Estás bien? —la voz de Juanma

sonaba preocupada.

Ramón inspiró con fuerza, tragó saliva y dijo aquellas palabras que habría preferido no pronunciar:

—Necesito ayuda.

—Ramón, escucha: han llamado tus padres. Yo creo que sospechan algo.

—¿Cuándo han llamado?

—Llamaron anoche y les dije que estabas en la ducha. Luego tuve que mentir a mi familia cuando me preguntaron quién había llamado. Tu madre dijo que volvería a llamar hoy. No sé qué hacer cuando llame. La noté rara, como si se imaginase que pasaba algo.

Hubo una pausa y luego la voz de Juanma se convirtió en un susurro.

—Creo que mi abuela viene hacia aquí. Dime qué hacemos. ¿Te doy la dirección y vienes?

Ramón pensó a toda prisa. ¿Presentarse en la casa y que le trataran como a un niño que ha cometido una travesura? No, de ningún modo.

—Ven tú. Antes de nada necesito que hablemos para ver lo que voy a hacer. Ven cuanto antes, y ven solo.

Sin dar opción a su amigo a responder, colgó el teléfono.

8. Kilómetro 0

JUSTO debajo del gran reloj, en la acera, descubrió una señal que indicaba Kilómetro 0. Estaba, por lo tanto, en el centro de la ciudad y del país, por lo menos en el centro simbólico. Desde allí, todas las direcciones eran posibles. Se preguntó por cuál de ellas aparecería Juanma.

Y de pronto reparó en que no le había indicado el punto exacto en el que tenían que encontrarse. ¿Por qué iba a suponer Juanma que tenía que ir precisamente allí, bajo el famoso reloj? Había, en la gran plaza, otros lugares

igualmente lógicos para quedar. Enfrente estaba la estatua del oso y el madroño; a un lado las paradas de autobús, bajo un gran luminoso (era una botella de Tío Pepe; se fijó en ello porque unos extranjeros la señalaron al pasar junto a él: «¡Taio Pipi!»); al otro lado estaban las vendedoras de lotería y la pastelería y la hamburguesería.

Lo peor era la enorme cantidad de gente que bullía de un lado para otro. Con aquella multitud, era imposible encontrar a alguien si no se había acordado un sitio exacto. Y si empezaba a dar vueltas a la gran plaza en cualquiera de los sentidos, era probable

que se cruzase con Juanma sin llegar a verlo. Así pues, lo mismo daba permanecer en el sitio que andar dando vueltas.

Esa conclusión habría sido absurda en cualquier otro lugar pero no allí, donde la excesiva cantidad de gente trastocaba la lógica de las cosas.

Pensó que el día anterior, al ver por primera vez a los ciudadanos tan seguros de sí mismos, se había preguntado en qué eran superiores para vivir así. Ahora, después de haberlos visto correr descomponiendo la figura, apretujarse en los transportes públicos o desesperarse por no alcanzar a tiempo

un metro o un autobús, y también eternizarse en los atascos, y sobre todo rivalizar todo el tiempo para cualquier cosa, ya no le parecían más listos que las personas que él conocía.

Allí, en la Puerta del Sol, en esos mismos momentos, entre los miles de personas que se empujaban impacientes, había ladrones acechando para aprovechar cualquier descuido, y tal vez tocones viscosos que se acercaban a las chicas, y otros seres que merodeaban con ocultas intenciones. Y todo eso lo hacía posible la multitud, la gran ciudad. ¿Cómo podía gustarle a alguien vivir así?

Esperó, sin moverse del sitio, hasta que el reloj marcó las ocho y media, y luego las nueve menos cuarto. ¿Cuánto tiempo necesitaría Juanma para llegar? Imposible saberlo. Las complicaciones para desplazarse eran otra de las servidumbres de la ciudad, y más en días como aquel, en que todo el mundo se lanzaba a su pasatiempo favorito: ir de compras.

A las nueve menos diez, incapaz de esperar más, comenzó a dar la vuelta a la plaza. Un semáforo, una avalancha de gente que le arrastraba a la entrada del metro, otro semáforo, las aglomeraciones a la salida del centro

comercial. El oso y el madroño, símbolo de Madrid, y muchas personas esperando porque al parecer era un lugar típico para quedar citado, pero ninguna de ellas era Juanma. Siguió andando por entre los árabes que vendían tabaco o formaban corrillos, y los compradores con bolsas, y quienes habían terminado por fin su jornada de trabajo y se precipitaban hacia el metro. Un nuevo semáforo. ¿Cuántos más faltaban para volver al punto de partida, al Kilómetro 0?

Y de pronto, supo que no llegaría a encontrar a su amigo. Imposible. Imposible que nada saliera bien en

aquella ciudad.

Se daba cuenta de que la rabia que había empezado a sentir por tantas cosas desde el día anterior, después de dirigirla contra sí mismo, había acabado por volverla contra la ciudad. Como si la ciudad estuviese dotada de una voluntad autónoma, como si fuera un monstruo de muchas cabezas, decididamente hostil.

¿Qué más quería de él la ciudad? Le habían estafado y le habían robado, había pasado hambre y sed y se había agotado durante horas interminables y había dormido en la calle como un perro, abrazado casi a un perro. ¿Qué

faltaba aún? ¿Tenía que mendigar para conseguir cinco malditos duros con los que llamar otra vez a su amigo? Pero Juanma no estaría. ¡Estaba allí, en esa misma plaza, quizá a pocos pasos aunque no pudieran verse!

Y fue entonces cuando sintió un impulso irresistible de hacer algo por su propia voluntad, no porque las circunstancias le obligasen. Para volver con la cabeza baja como un niño que ha cometido una travesura siempre habría tiempo. Antes, necesitaba aún darse una última oportunidad. A pesar de la suerte en contra y de todo lo que le había ocurrido. O precisamente por eso.

—Aún tengo algo que decir —
murmuró como si se dirigiese a un interlocutor invisible. Se sentía como el luchador que, a punto de abandonar el combate, piensa por última vez que aún es posible un golpe de suerte.

Cambió la dirección de sus pasos y se metió por una calle cualquiera, y en la primera esquina giró y se apresuró como si fuera a alguna parte.

«Esta noche, sólo esta noche. Mañana volveré y haré lo que quieran ellos», pensaba confusamente.

Y así fue alejándose de la muchedumbre, de lo conocido y lo seguro, para adentrarse en calles cada

vez menos transitadas. Sabía que lo que estaba haciendo no era razonable, pero le daba igual. «Esta noche, yo decido», pensó.

* * *

Mucho más tarde llegó a un barrio de buen aspecto, con casas sólidas que tenían flores en las terrazas, y decidió buscar un lugar tranquilo para dormir, como había hecho la noche anterior. Le daba lo mismo un sitio que otro, con tal de estar resguardado del frío que atravesaba sus escasas ropas.

El cansancio acumulado era tanto

que ya apenas lo sentía, pero en ningún momento se permitió un breve descanso, porque adivinaba que después sería incapaz de volver a ponerse en marcha. Tenía la impresión de que nunca lograría librarse del todo de la suciedad que sentía impregnada a su piel y sus ropas: era consciente de que olía mal, como si fuese ya un vagabundo veterano. Cuando pensaba en ello, le parecía imposible llevar tan poco tiempo, relativamente, en la calle. Se sentía como si llevase semanas, o meses, viviendo así.

Llegó a una gran manzana de casas que tenían una especie de porches, y le pareció que aquel sería el sitio más

discreto para echarse y que nadie se fijara en él.

Se tumbó junto a un portal y, encogido en la postura del feto, esperó la llegada del sueño.

Sin embargo, a pesar de su cansancio, o precisamente porque era excesivo, no conseguía dormirse. Escuchaba cada sonido, unos pasos, un coche que aparcaba o arrancaba, una música al abrirse las puertas metálicas de un bar; veía a través de los ojos entrecerrados cada sombra que se aproximaba; se encogía más y más, temblando. Se sentía solo y desgraciado, pero no dejaba de darse cuenta de que

hacía aquello porque quería y que podía poner fin a la prueba en cualquier momento. Mil veces decidió hacerlo en cuanto se hiciese de día. De acuerdo, la ciudad había vencido. Le daba igual. Lo único que quería era volver a su casa.

Una y otra vez cambiaba de postura, se desesperaba viendo que no conseguía dormir, se sobresaltaba con cualquier sonido. Empezó a contar mentalmente para conciliar el sueño; se propuso llegar hasta mil si era necesario. Antes o después perdía la cuenta y volvía a comenzar de nuevo, como si fuera muy importante no saltarse un solo número. Pensaba en su madre. ¿Le habría vuelto

a llamar? Sin darse cuenta, dejaba escapar un suspiro. Se estremecía, se dormía unos segundos y enseguida se despertaba sin estar seguro de haber llegado a dormir.

Hasta que por fin el cansancio le rindió y se quedó profundamente dormido.

9. Sara

HABÍA alguien inclinado sobre él. Lo presintió en sueños y abrió los ojos sobresaltado.

Una cara de luna llena con ojos enormes le examinaba fijamente. Parpadeó hasta conseguir enfocar la mirada, y pudo ver que era una mujer. Se incorporó despacio, con recelo.

—¿Estás bien? ¿Te has metido algo?

Ramón se encogió de hombros sin entender la pregunta. La mujer empujó con el pie una jeringuilla ensangrentada, y él se preguntó con un estremecimiento si habría estado durmiendo encima de

aquello.

—Yo no he hecho nada —balbució —, sólo quería dormir.

—Aquí no puedes dormir.

—Perdone, ya me voy —murmuró Ramón buscando en torno suyo la mochila, hasta que recordó que ya no la tenía.

—No me has entendido, no digo que no tengas derecho a estar aquí. Digo que es peligroso. ¿Por qué no entras?

La mujer indicó el portal, y Ramón se fijó en que tenía unas llaves en la mano.

La luz era escasa y no permitía a Ramón ver en detalle la cara de la

mujer, sólo sus ojos muy grandes (claro que podía ser que dieran esa impresión porque ella llevaba unas gafas con gruesos cristales que aumentaban el tamaño). Aunque iba vestida de un modo raro, parecía digna de confianza.

—Pasa —le invitó ella.

Fue su voz lo que decidió a Ramón. Era una voz firme pero no áspera, amable. Desde muy niño se había guiado por las voces para formarse una opinión sobre las personas, y el sistema rara vez le fallaba.

—Bueno —aceptó—, dormiré en el portal.

—¿Por qué en el portal? Yo tengo

camas de sobra.

Ella encendió la luz de la entrada y ambos se miraron con curiosidad.

—Eres aún más crío de lo que me había parecido —observó la mujer—. ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

Ramón no respondió.

—¿Te has fugado de casa? ¿Quieres que llame a tus padres?

Lo sorprendente era que aquella desconocida parecía preocupada por él. Acostumbrado ya a la indiferencia de los habitantes de la ciudad, Ramón recelaba.

Contempló con desconfianza la cara morena y redonda de ella, el pelo muy

corto, negro con mechones grises, adornado con una pequeña pluma de ave, el jersey con bordados de todos los colores sobre el fondo negro, los colgantes, las pulseras de cuero, los enormes pendientes de plata. Su mirada se detuvo en las uñas, pintadas de un azul oscuro en el que destacaban diminutas estrellitas y lunas.

Tal vez fuera una loca, pero en todo caso era una loca amable, la primera persona amable con la que se encontraba en muchas horas.

—No me he fugado —respondió al fin—, sólo estoy...

Se detuvo a tiempo, pensando que no

tenía derecho a revelar la verdad. «No podrás decir a nadie que estás intentando ganar una apuesta».

—Sólo estoy enfadado con mi padre, pero pienso llamar a casa por la mañana.

—Entiendo. Vas a dejarles sufrir durante esta noche. Una especie de castigo, pero el que castiga eres tú. ¿No crees que es excesivo, sea lo que sea lo que te han hecho?

Ramón dio un paso hacia la puerta, como si pensase salir huyendo.

—¡Espera! De acuerdo, sin sermones. No diré una palabra más. Lo que ocurre es que tengo tres hijos, y si

alguno de ellos me hubiese hecho esto...
Bueno, vamos.

Ramón entró en el ascensor con ella, tranquilizado por el dato de que tenía hijos. Seguramente serían mayores, a juzgar por la edad que aparentaba la mujer.

—Me llamo Sara —se presentó ella mientras subían—. ¿Y tú?

—Ramón.

—¿Vives en Madrid?

—No.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

Ramón se acordó de una frase que había oído a veces en las películas, y respondió seriamente:

—Es una larga historia.

Sara se echó a reír. Habían llegado al ático. Abrió la puerta de un piso e invitó a Ramón a pasar.

El vestíbulo estaba desordenado: había libros, prendas de ropa y objetos diversos por todas partes; no era la habitación más limpia que Ramón hubiese visto. Se fijó en un letrero escrito a mano:

Más polvo en los muebles,
menos en el cerebro.

Sara le condujo a la cocina y se puso a calentar leche.

—Te tomas esto y te vas a la cama enseguida.

Aunque tenía una sonrisa cálida, su tono no admitía apelación; era verdaderamente el de una madre veterana. En el fondo, a Ramón le encantó que alguien se ocupara de él por fin.

Mientras se tomaba la leche muy caliente a pequeños sorbos acompañada con un par de magdalenas, Sara fue a prepararle una cama.

—Te ha correspondido el dormitorio de mi hijo Antonio —explicó—. Él ya no vive aquí.

—Dijo que tenía tres hijos.

—Sí. María se casó hace poco, y Ana está de viaje.

—¿Su marido tampoco está?

—Es una larga historia —replicó Sara con ironía y sin perder la sonrisa—. ¿Por qué no te vas a la cama? Mañana será otro día.

* * *

Cuando despertó, le sorprendió recibir la caricia del sol en la cara. Se estiró como un gato para desentumecer los músculos. Había dormido muy bien, y se sentía descansado y hambriento. Miró el reloj y dio un respingo que le

hizo casi quedar sentado en la cama.

—¡La una! —exclamó en voz alta.

De repente recordó dónde estaba.

Tenía que decirle a Sara que no podía quedarse más; tenía que hacer muchísimas cosas, la primera de ellas telefonar. Se levantó de un salto y se vistió a toda prisa mientras curioseaba los extraños objetos colgados en las paredes de la habitación, casi todos relacionados con barcos y lugares lejanos. Sara le había dejado toallas limpias. Encontró el baño y se duchó sin perder tiempo. Tal vez Sara le permitiría telefonar desde allí.

Salió al pasillo con el pelo

chorreando. Una puerta daba paso al salón, en el que había un piano y muchos libros. La luz del sol entraba también en el salón procedente de la terraza, donde estaba Sara ocupándose de las plantas.

—Buenos días, Ramón. Si quieres llamar cuanto antes, el teléfono está en la entrada. Pero mi consejo es que primero desayunes y pienses despacio qué es lo que quieres decirles.

Ramón miró de reojo el succulento desayuno dispuesto sobre una mesa y se sentó de buena gana.

—Anoche no le di las gracias...

Sara le dirigió una de sus cálidas sonrisas.

—Tienes mucho mejor aspecto. ¿Has decidido volver a tu casa?

Mientras extendía mermelada de moras sobre una tostada, Ramón asintió en silencio.

—Es una buena decisión —aprobó Sara—. ¿Por qué no me cuentas todo?

La naturalidad de ella, su amable predisposición, su tono amistoso, decidieron a Ramón. No le fue difícil empezar por el principio —la aventura del restaurante— y narrar paso a paso, sin olvidar detalle, lo que le había sucedido hasta la noche anterior.

Cuando terminó de hablar, Sara, que se había sentado frente a él, guardó

silencio durante unos segundos. Ya no llevaba los adornos de la noche, sino un vestido suelto, blanco. A la luz del sol de mediodía se veían claramente las arrugas en torno a sus ojos, las típicas patas de gallo de las personas que tienen la costumbre de reír a menudo.

—Opino que tienes que llamar a Juanma ahora mismo para averiguar si tus padres ya lo han descubierto todo, y tanto si es así como si no, debes llamarlos a ellos también.

—Me temía que dirías eso —dijo Ramón tuteándola sin darse cuenta—. Pero, si no se han enterado, ¿para qué decírselo?

—Tú sabes la respuesta, Ramón: porque no hacerlo sería mentir. Pero primero habla con tu amigo. Si tus padres no se han enterado de nada, no vale la pena que les des un susto diciéndoles que llevas dos días y medio en la calle. Simplemente llámalos, cuenta lo imprescindible, y cuando vuelvas ya les dirás el resto.

—De acuerdo.

Ramón arrastró los pies hasta el teléfono, con pocas ganas de enfrentarse con lo que le esperaba. Marcó, rogando que fuese su amigo el que cogiera el aparato.

—¡Ramón! —Juanma gritaba tanto

que tuvo que separar el teléfono unos centímetros de su oreja—. ¿Qué pasó ayer, tío? No pude encontrarte.

—Es una larga... bueno, ya te lo contaré. ¿Han llamado mis padres?

—Claro. Te dije que volverían a llamar. Lo saben todo.

—¿Queeeé?

—No tuve más remedio que decírselo. Tu madre se mosqueó cuando le dije que no podías ponerte, insistió en hablar con mi familia y, ya te puedes figurar, le dijeron que no sabían nada de ti desde que llegamos a Madrid. Total, que me hicieron contarle todo. Tus padres van a llegar de un momento a

otro.

—¿A Madrid?

—Los estamos esperando. Han llamado hace una hora diciendo que estaban a menos de cincuenta kilómetros. Supongo que habrá un atasco en la M-40, pero ya no pueden tardar. Dijeron que si llamabas teníamos que decirte que no te muevas de donde estés, para ir a buscarte. Espera, me han oído. Ramón —hubo un cambio en el tono de voz de Juanma—, Ramón, mi familia está aquí, quieren hablar contigo.

Por un segundo, Ramón estuvo a punto de colgar, pero comprendió que con eso sólo lograría empeorar las

cosas.

Fue preciso hablar con aquellas personas preocupadas, dar explicaciones («Claro que he comido todos los días», «Sí, estoy bien, estoy perfectamente»); insistían en que no se moviese de donde estaba.

—Nosotros vamos a buscarte. Dinos el nombre de la calle.

Fue a la terraza y le preguntó a Sara. De vuelta en el teléfono, empezó:

—Hilarión Eslava, número... No: yo iré ahí. Llegaré antes de una hora.

Colgó con un suspiro y regresó para sentarse de nuevo frente a Sara.

—Mis padres están llegando a

Madrid. Tengo que irme.

—Todo se arreglará —dijo Sara.

Ramón se encogió de hombros.

—Sí, supongo. Me echarán una bronca, me castigarán, y después estarán un tiempo vigilándome. Pero no es eso lo malo. Lo malo es que he perdido.

—¿Cómo que has perdido?

—Sí. Hasta cierto punto, he perdido el dinero, he perdido la mochila y, sobre todo, he perdido la apuesta.

—Olvídate del dinero, Ramón. Ya me he dado cuenta de que no haces más que mencionarlo. El dinero no es lo más importante. Si piensas que lo es, acabarás como esa gente que has visto

estos días corriendo de un lado para otro. Los que están obsesionados por el dinero son los que hacen las ciudades inhabitables. Son demasiados; por eso no puedes ganarle a la ciudad. Nadie puede. Mira, todos los días veo a un hombre, un viejo vagabundo que no está bien de la cabeza; se ha construido una especie de coche con cajas de cartón, y ahí está siempre sentado haciendo como que conduce. Habla solo, sosteniendo una cajetilla de tabaco como si fuera un móvil. Hay quien se ríe al verle, pero yo empiezo a pensar que no hay mucha diferencia entre él y aquellos a los que imita. Si vives en una ciudad donde

todavía puedes jugar en la calle, no tengas prisa por perder lo que tienes ahora. Disfrútalo. Y basta ya de sermones. ¿Sabrás ir a la casa donde está tu amigo?

—Sí, ya me conozco bien el metro.

—¿Tienes dinero? Te daré para el metro. Ve derecho allí y habla con ellos. Habla con tu padre. Todo esto no habría sido necesario si tú hablastes claramente con tu padre.

—Hablar con él es muy difícil. Parece como si le molestara todo lo que digo y lo que hago.

—Habla con él —insistió Sara—. Dile esto mismo que me estás diciendo a

mí. Pregúntale en qué le has fallado.

Sara le acompañó a la puerta del piso, le puso unas monedas en la mano y le dedicó una de sus cálidas sonrisas. Era la despedida, y a Ramón le apenó igual que si fuesen viejos amigos.

—¿Me das dos besos?

La abrazó preguntándose si de veras nunca volverían a verse. Sara, como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos, dijo:

—Si algún día te apetece escribirme, no dudes en hacerlo. Me darás una alegría.

—Lo haré —prometió Ramón.

10. El regreso

CAMINABAN por un sendero flanqueado por zarzas en las que, en verano, Ramón solía coger moras. En esa mañana de Nochebuena, las zarzas estaban peladas y cubiertas de rocío o escarcha. Los campos tenían un aspecto solitario, aunque no triste porque de algún modo se notaba en la atmósfera que aquel día no era como los demás.

—Lo que no entiendo —dijo el padre— es por qué no me dijiste que estabas enfadado conmigo.

El día anterior habían regresado a casa. No habían hablado mucho por el

camino entre ellos, aunque el padre no había dejado de escuchar con la mayor atención cada una de las peripecias que Ramón contaba a su madre. Por la mañana, el padre le propuso dar un paseo por el campo después del desayuno. Los dos se habían abrigado bien, mientras la madre y el padre cruzaban miradas que Ramón pudo descifrar sin dificultad: «No seas brusco con el chico, ten en cuenta que lo ha pasado mal», «Descuida, yo sé lo que hago».

—Es que no estaba enfadado —respondió Ramón sin mirar a su padre—. Pensaba...

Se interrumpió con la voz estrangulada como si no tuviera aire suficiente en los pulmones. A veces, cuando era más pequeño, le había ocurrido aquello si le obligaban a hablar a pesar suyo.

El padre le miraba aguardando el resto de sus palabras. Era un hombre no muy alto, de gesto serio, que a menudo parecía abstraído, con el pensamiento fijo en algo que Ramón y su madre sabían lo que era: el trabajo. Se levantaba muy temprano, se acostaba muy tarde, y nunca parecía tener tiempo para nada.

—Pensaba que eras tú quien estaba

enfadado conmigo.

—¿Por qué?

—Por tu forma de mirarme y de tratarme —respondió Ramón con la mirada obstinadamente puesta en las zarzas—. Parece que todo lo que hago te sienta mal.

—¿De dónde sacas esa idea?

El padre parecía sinceramente sorprendido.

—Si voy a casa con un suspenso, siempre me echas la bronca, pero si saco buenas notas jamás me felicitas.

El padre guardó silencio. Se detuvo mordiéndose los labios y comenzó a buscar algo por sus bolsillos. Ramón

sabía lo que significaba aquello: cuando su padre estaba nervioso, parecía olvidar que había dejado de fumar y se ponía a buscar el tabaco instintivamente.

—Me parece que tienes razón —reconoció el padre—. ¿Eso es tan importante para ti?

—No es sólo eso. Son muchas cosas. La manera en que te lo tomas todo, como si cada vez que me sale algo mal fuese una gran desgracia.

—Entiendo. Es mi forma de ser, Ramón. Yo no soy como el padre de tu amigo Juanma, que siempre está de broma. Mi carácter... Hijo, mírame a la cara mientras te hablo.

Ramón obedeció. Se sentía incómodo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—¿Con qué?

—Conmigo. Aún no me has dicho cuál es el castigo. ¿Un mes sin salir y sin paga?

—Deja de desafiarme, Ramón, que no es el momento. Te diré la verdad: no sé qué hacer.

Estaban los dos parados en el sendero, frente a frente con las manos en los bolsillos y soltando nubecitas de vapor con cada exhalación. El silencio de la mañana sólo se rompía por algún ladrido lejano. El cielo, sin nubes ni sol,

parecía muy bajo sobre sus cabezas.

—Cuando me enteré de todo — siguió el padre—, me sentí traicionado.

—No te entiendo.

—Sí, creo que me entiendes. Tú sabes que yo siempre he confiado en ti, Ramón. No has necesitado mentirme, como otros chicos a sus padres. Cada vez que me has pedido permiso para algo razonable, te lo he dado. Pero lo que hiciste en Madrid fue engañarnos a tu madre y a mí. Eso no estuvo bien.

Ramón guardó silencio. No era agradable descubrir que había otros puntos de vista además del suyo, y que no carecían de razón.

—Me enfadé. Es cierto que pensé que te merecías un buen escarmiento. Si tú crees que un mes sin salir y sin paga es un castigo justo, lo dejaremos así. Y gracias por fijar el castigo tú mismo —sonrió el padre—, y no se te ocurra decir que te da igual porque entonces serán dos meses.

Ramón, que efectivamente estaba a punto de decir lo que su padre suponía, se mantuvo en un prudente silencio.

—Hay algo más. Vas a prometerme ahora mismo que nunca, nunca, pase lo que pase, volverás a hacer algo parecido.

Ramón se encogió de hombros.

—Vale.

—«Vale», no. «Vale» no me vale.

Di: «Lo prometo».

—De acuerdo, lo prometo.

El padre puso su mano en el hombro de Ramón y presionó como si quisiera transmitirle algo importante. Lo miró fijamente y habló en un tono distinto, confidencial.

—Supongo que empiezas a pensar que cada vez nos necesitas menos, a tu madre y a mí. No tengas prisa, hijo.

Eran las mismas palabras que había usado Sara. A Ramón le habría gustado que su padre añadiese: «Nosotros sí te necesitamos a ti, y te queremos». Pero

su padre no solía hablar de aquella manera.

—Y ahora te diré algo que no sé si debería decirte.

Ramón sintió que la presión en su hombro se hacía más fuerte. De pronto se fijó en que su padre se había afeitado aquella mañana, cosa que no hacía casi nunca en día festivo, y se preguntó si lo había hecho por él, para que aquel día empezase de un modo distinto.

—Has demostrado tener valor, eso sí.

Ramón no dijo nada, pero sintió que el pecho se le ensanchaba. Era una sensación muy grata.

—No le digas a tu madre que te he dicho esto, ¿eh?

Ramón sonrió sin saber qué responder.

—¿Por qué no dices nada? ¿Se puede saber qué estás pensando?

—Que podríamos negociar mi castigo. Un mes me parece excesivo. ¿Por qué no lo dejas en un mes sin paga, pero pudiendo salir?

—¿Y adónde irías sin dinero?

—El dinero no es importante — respondió Ramón seriamente.

—¿Eso has aprendido en Madrid? Me dejas sorprendido.

Reemprendieron el paseo. El padre

había dejado su mano sobre el hombro de Ramón. Ya eran casi igual de altos; Ramón pensó que al año siguiente aventajaría a su padre. Se acordó de la forma en que lo había admirado, al padre, durante años. Entonces le parecía imposible que pudiera llegar un día en que le igualase en algo.

—Aunque no me des paga, ¿me comprarás unos sellos? Quiero escribir a Sara, la amiga de la que os hablé.

—Está bien. Ahora quiero preguntarte algo, y me gustaría que me dijeras la pura verdad. ¿No tuviste miedo en algún momento?

—¿Yo?

Ramón se quedó pensativo. Diversas imágenes pasaron por su mente en unos instantes: el metro, las interminables caminatas, los fríos bancos, la niña que pedía, los dos chicos que le habían quitado la mochila, la multitud de rostros anónimos.

—¿Miedo? Claro que sí.

El padre le estrechó más fuerte.

—Ya pasó todo, hijo. Ahora estás en casa.

Había otra imagen, distinta de las demás: una cara redonda con gruesas gafas y una cálida sonrisa.

La mirada de Ramón se elevó hacia el cielo. Estaba oscureciendo muy

deprisa.

—Será mejor volver —dijo el padre—. Mamá nos está esperando.

Ramón pensó que iba a ser un día muy frío, especialmente para quienes vivían en la calle. Era bueno tener una casa, una familia, un lugar en el que sentirse a salvo. Por primera vez pensó que él, que tenía todo aquello, era afortunado. Inspiró con fuerza llenando sus pulmones de aire limpio, y emprendió el camino de casa.